

to que tiene su continuidad en el siglo XXI a través de una producción cultural heterogénea, acorde con los desafíos que plantea la época. He aquí una gesta que forma parte de las respuestas “contra la homogeneización y sus efectos aniquiladores” (William Rowe *dixit*).

Sin duda alguna, el tema del regionalismo, el centralismo y el anti-centralismo forma parte de una agenda histórico-social no resuelta por las élites criollas que gobernaron, y aún gobiernan, el Perú. Si rastreamos los primeros vestigios de este debate seguramente los encontraremos en el discurso esclarecedor de González Prada, muy en especial en el ensayo “Nuestros indios”, componente del libro *Horas de lucha* (1892).

En gran parte del siglo XX el debate prosiguió con diferentes grados y matices de rigor intelectual y desde perspectivas disciplinarias e ideológicas diferentes. Los intelectuales de la república aristocrática, con José de la Riva Agüero como adalid, enfocaron el problema desde sus propios parámetros ideológicos, como igualmente lo hicieron los intelectuales de la tendencia contraria, con José Carlos Mariátegui como portavoz de una posición vanguardista, esto es, con soporte en el ideario marxista.

De ahí que la publicación de Zavallos Aguilar tiene además la cualidad de resignificar aquellos proyectos e ideas, a la luz de los nuevos acontecimientos que se posibilitan hoy, como el movimiento amazónico en defensa de la biodiversidad, la revaloración institucionalizada de las lenguas originarias del país, la resistencia focalizada contra la minería

depredadora de la naturaleza y otras respuestas ciudadanas que se dan desde la provincia al centralismo hegemónico de Lima.

El texto de Ulises Juan Zavallos Aguilar es entonces un espacio de convergencia de saberes canónicos y no canónicos, de modalidades culturales como la narrativa, la poesía, el testimonio, la fotografía y el cine. Todos estos interactúan en el libro gracias a esa matriz cultural que, a su vez, los reúne y nutre: la cultura andina del sur peruano, dotada de conexiones transfronterizas con culturas indígenas de Bolivia y norte argentino y chileno. En suma, es una publicación que asimila con pertinencia las innovaciones que se concretan a partir del ejercicio de la interculturalidad y de los efectivos procesos de transculturación.

Enrique Rosas Paravicino
Universidad Nacional
de San Antonio Abad

Degiovanni, Fernando. *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 2018. 238 pp.

Cuando escribió el que de seguro es el artículo más citado del latinoamericanismo, Antonio Cornejo Polar se muestra perplejo ante la propuesta de “Luis Alberto Sánchez para quien —misteriosamente— la literatura de Latinoamérica forma unidad con la norteamericana”. Cuarenta años después de la aparición de “Las literaturas heterogéneas y su doble estatuto socio-cultural” (1978), Fernando Degiovanni responde

este y otros “misterios” con su libro *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*, una minuciosa e informada investigación en torno al desarrollo del “Latin-Americanism” como disciplina académica en Estados Unidos desde 1900 hasta 1960 y sus intersecciones con otras formas “vernáculos” de la disciplina, como la del latinoamericanismo español y el latinoamericanismo “latinoamericano”.

La definición de latinoamericanismo de Degiovanni establece las coordenadas de su indagación: una serie “de conocimientos articulados alrededor de la idea de América Latina como un espacio unificado donde la integración regional asoma como su objetivo ulterior” (2). Dicha noción se opone a la de Moreiras y otros académicos que entienden el latinoamericanismo como “la suma de discursos académicos sobre América Latina” (2; trad. mía). El latinoamericanismo, como disciplina, no proviene de los discursos identitarios de la tradición ensayística (2) o de los discursos idealizados de la integración continental (3). Se trata, más bien, de un grupo de intervenciones intelectuales e institucionales “que rechazan tanto el nacionalismo y el internacionalismo global como una forma de pensar los lazos de la comunidad regional” (2) en torno a dos preocupaciones geopolíticas: la guerra y el mercado (3). Articulando una fina discusión teórica sobre el concepto de guerra desde la lectura de Foucault y un gran conocimiento sobre las políticas estadounidenses en el hemisferio para controlar y desarrollar un mercado para capitales norteamericanos, Degiovanni postula que la disciplina nace como

herramienta académica para la realización en Latinoamérica de “un corporativismo estadounidense en todo el hemisferio” (3).

El libro se divide en siete capítulos que constituyen tres secciones tácitas. La primera es la que llamaremos “latinoamericanismo panamericanista” o la “fundación del latinoamericanismo”, en tanto la disciplina se establece como “una herramienta pedagógica del Panamericanismo” (15). El capítulo uno, “Knaveish Latin Americans” [“Latinoamericanos canallas”] (13-41), vincula el latinoamericanismo al interés de Estados Unidos tras su triunfo en la guerra de 1898 y la apertura del Canal de Panamá. Un objetivo geopolítico fue “expandir la influencia económica global de los Estados Unidos a través de medios científicos” (19). La figura central del capítulo es Jeremiah Ford, considerado el fundador de la disciplina con su “mandato institucional” de desarrollar “un campo académico [...] sobre la Literatura latinoamericana” (13). El estudio de la literatura latinoamericana como muestra de un estatuto cultural específico (y no mero reflejo de Europa, como lo creyeron Mitre y Rodó) legitimaría la idea de la región como un espacio relevante. Degiovanni, en un gran acierto, dedica cerca de un tercio del capítulo a Manuel Ugarte, cuyo continentalismo antiimperialista y de orientación socialista (21) amenazaba la legitimidad de Estados Unidos en la región. La dialéctica con el discurso de Ugarte es clave para entender la configuración de este primer latinoamericanismo

El segundo capítulo, “A Teacher-Spy from Brooklyn” [“Un Ma-

estros-Espía de Brooklyn”] (42-62), aborda a Alfred Coester, quien en 1916 publica la primera historia de la literatura latinoamericana escrita en cualquier lengua (42). Discípulo de Jeremiah Ford, Coester escribió el libro con dos objetivos: primero, que sirviera de “guía institucional sobre el latinoamericanismo” en una época que veía la emergencia de una burocracia “al servicio del expansionismo colonial de los Estados Unidos” (42); segundo, como una respuesta al “hispanismo ‘castizo’ post imperial” (42) representando por Marcelino Menéndez Pelayo en los primeros intentos del gobierno español por recuperar su influencia en la región (42). Para Coester, la literatura permite conocer “las mentalidades” de los futuros clientes de inversionistas norteamericanos (44). Esta visión es relevante para entender el estatuto del latinoamericanismo como “discursos de administración profesional” (50).

La segunda sección estudia lo que denominaremos “el latinoamericanismo hispanista”. El tercer capítulo, “Colonizing an Empire” [“Colonizar un imperio”] (63-84), aborda la figura de Federico de Onís, cuya *Antología de la poesía española e hispanoamericana* (1934) establece un canon de la literatura latinoamericana que muestra la “eternidad” del legado cultural de España (75-77). Los criterios subyacentes a esta antología, así como a las acciones de De Onís en Estados Unidos, subrayan el deseo de apoyar “la revitalización científica y cultural de España” tras la derrota contra Estados Unidos en 1898 (63). Dicho objetivo respondió al mandato de repositionar a “España en las redes

económicas de los Estados Unidos, en contra del discurso del Panamericanismo” (70). De Onís, delegado de “la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), una agencia de investigación estatal fundada en 1907” (63), crea los Hispanic Studies como una disciplina con “un discurso orientado al mercado acerca del valor de la cultura española” (64).

El cuarto capítulo, “Policing the Field” [“Vigilar el campo”] (85-102), explora el latinoamericanismo de Américo Castro. La figura de Castro es representativa de un parteaguas en la historia cultural de América: el exilio de un grupo de españoles prominentes que abandonan su país tras el triunfo de Franco en la Guerra Civil: el “exilio [...] reconfiguró el ámbito y las dinámicas del hispanismo” (101). Desde este punto, el libro de Degiovanni deja de ser solo una historia del latinoamericanismo como campo académico para devenir también una historia intelectual de la región mediante el análisis de los desarrollos de la disciplina en ambos extremos del continente, esto es, norte y sur. Entre sus sutiles distinciones, destaca la de los discursos latinoamericanistas sostenidos por los exiliados españoles según su *locus* de enunciación. Aquellos que llegan a América Latina —especialmente los *transerrados*, en México—, reproducen una noción arielista del intelectual (97), esto es, un intelectual “puro”, sin intervención en la política (86); los que arriban a Estados Unidos, en cambio, se perciben como agentes de una “misión diplomática auto-conferida” (86), en la que se tornan promotores de la “Good Neighbor Policy” (86). Américo Castro es la principal figura

de este grupo, quien si bien trabaja en América Latina (específicamente en Buenos Aires), despliega un discurso subsidiario de la retórica del “buen vecino”: las ideas de cooperación, lazos económicos, balance hemisférico, son algunos de sus ideologemas (90). Su libro clave, *Iberoamérica: su presente y su pasado* (1941), evidencia la hipótesis de Degiovanni: “la cooptación panamericana de los intelectuales antifranquistas” (85) consolidó una disciplina construida para la administración de conocimientos con fines empresariales.

La tercera sección tácita del libro corresponde a lo que podemos denominar “Estados Unidos y el latinoamericanismo de tres latinoamericanos”. Abre con el quinto capítulo, “University Rebels” [“Rebelde universitarios”] (103-130), dedicado al autor de dos libros capitales en el desarrollo del campo, Luis Alberto Sánchez: *Historia de la literatura americana* (publicado por primera vez en 1937 y ampliado en reiteradas ediciones hasta 1949); y *Vida y pasión de la cultura en América* (1936). En un despliegue de historia cultural e intelectual de la región, Degiovanni vincula el desarrollo del campo en Latinoamérica con la Reforma Universitaria de 1918 (103-105). Dos marcas señeras de la disciplina provienen del espíritu de la Reforma: el humanismo utópico y el socialismo liberal. Puntualmente, se trata de la solidaridad estudiantil con movimientos de trabajadores a través de los lazos entre la labor intelectual y la manual (108).

El capítulo también podría leerse como una historia cultural de la influencia del aprismo en la fundación

de la disciplina: Raúl Haya de la Torre y el Apra fueron “elementos claves para la consolidación del campo del latinoamericanismo en los años treinta” (107). Los exilios latinoamericanos de una serie de figuras apristas fungieron plataforma de “renovación cultural y justicia social contra las dictaduras” (108). Sánchez, instalado en Chile, publica el primero de sus libros marcado por la disyuntiva aprista con José Carlos Mariátegui en torno a los principios culturales que debían guiar la creación de movimientos políticos (111 y 120). En oposición al idealismo arielista (113), Sánchez ve la literatura como “un aparato simbólico que conmina a la praxis” (115). Esta concepción ideológica informa los alcances de su idea “socioliteratura”. Empero, tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Sánchez modificará su discurso latinoamericanista con un marcado acento de solidaridad hemisférica a lo largo de un tour de lecturas en Estados Unidos (128-130). Sin duda esta es una de las razones tras la propuesta de la literatura latinoamericana como unidad con la estadounidense que incomodaba a Cornejo Polar.

El sexto capítulo, “A Discipline of War” [“Una disciplina de guerra”] (131-159), es de seguro el más polémico. Mediante un minucioso estudio de las obras y de la correspondencia escritas en su estadía en Estados Unidos, Degiovanni retrata a Pedro Henríquez Ureña como la figura primordial en el desarrollo del latinoamericanismo en tanto “un proyecto geopolítico diseñado para mantener los intereses de Estados Unidos en América Latina” durante la Segunda Guerra Mundial (136).

Dos marcas destacan en el discurso latinoamericanista de este periplo estadounidense: uno, la inquietud por la relación entre “alta cultura” y “orden” social (144 y 157); dos, la presencia de “subrepticios apuntalamientos panamericanos políticos y económicos” (135) en sus ideas sobre el entendimiento de ambas regiones (142). Degiovanni muestra un Henríquez Ureña conservador en términos político-sociales, reticente a criticar los gobiernos dictatoriales en América Latina y temeroso ante la desintegración social “del norte” (145) propulsada por los derechos civiles. En *Las corrientes literarias en América Latina* (1945), resultado de sus conferencias de 1941 en Harvard, subyacen tres rasgos subsidiarios del latinoamericanismo panamericanista: primero, “una genealogía legitimadora de la autoridad (y el autoritarismo) político y cultural en América Latina” (147); segundo, “un programa de administración de la alta cultura como una fuerza unificante en la esfera pública” (147); tercero, un discurso reacio al rol de la multitud en el “campo latinoamericanista” (147).

Enrique Anderson Imbert es el protagonista del séptimo y último capítulo, “The History of a Best Seller” (“Historia de un Best Seller”) (160-184). Discípulo de Henríquez Ureña, Anderson Imbert es animado por Daniel Cosío Villegas a escribir un libro sobre la literatura latinoamericana acorde al nuevo escenario global y regional: la escalada de gobiernos dictatoriales en América Latina y el inicio de la Guerra Fría (161). Su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954) es un intento de modelar “programas académicos

y debates críticos por décadas” (166-67). Aunque el libro es publicado por el Fondo de Cultura Económica, su escritura transcurre en Estados Unidos. Como exiliado antiperonista, Anderson Imbert subraya la autonomía del escritor frente al Estado y la sociedad (163), lo que representa un giro frente al latinoamericanismo aprista (167). Con gran agudeza crítica, Degiovanni resalta la imagen de la “casa” como una constante en la ideología del argentino: es tanto una alegoría de la “distancia y separación” respecto al centro de conocimiento (164), la universidad, como de su discurso profiláctico sobre la limpieza del “lenguaje” y de la “literatura” ante la contaminación del espacio social (174). Esto último tiene dos sentidos: uno moral (defiende la monogamia) y otro político (contra el colectivismo peronista). Su *Historia de la literatura*, a su vez, promueve “el mercado y la individualidad como formas de resistencia contra el espacio público dominado por regímenes populistas” (184). Destaca, hacia el final del capítulo, una sección dedicada a la visión latinoamericanista del Fondo de Cultura Económica en los años 50.

En síntesis, *Vernacular Latin Americanisms* de Fernando Degiovanni es un libro incómodo pero necesario: cada una de sus afirmaciones está sostenida en una investigación histórica y un análisis ideológico-cultural de los textos que sostienen distintas etapas del campo latinoamericanista. Sería un gran aporte para las discusiones dentro del campo que el libro pueda conocer una traducción al español. En esa hipotética traducción, creo que el texto se enriquece-

ría con una breve discusión del que, en mi criterio, es su único “pecado metropolitano”: aunque el uso del adjetivo “vernáculo” está explicado y justificado, para un lector formado en la tradición latinoamericanista *en* Latinoamérica es imposible obviar la resonancia con la idea de un “latinoamericanismo vernáculo” desarrollada por Cornejo Polar. En cualquier caso, y a la espera de réplicas críticas a tan provocativa obra, la publicación de *Vernacular Latin Americanisms* marca el fin de la inocencia sobre las políticas de latinoamericanismo fundacional: nuestra disciplina, muchas veces antiimperialista por *default*, no está exenta de un “pecado original”.

Miguel Enrique Morales
Pontificia Universidad
Católica de Chile